

FRAG MENTOS

Por: Lautaro Ribeiro

Ilustración de: John Velázquez





¿A dónde se fue tu amado, oh la más bella de las mujeres? ¿A dónde tu amado se volvió, para que contigo le busquemos?”. Amén, dijo Rafaela y cerró la Biblia. Volvió a la cama con una infusión de láudano y menta para el insomnio. Sergio, a su lado, dormía tranquilamente. Sintió como si cayera en un prado oscuro y suave, el sueño fue llegando poco a poco, las imágenes irreales y confusas se agolparon en su cabeza. Fragmentos de conversaciones que tuvo a lo largo del día aparecieron de manera desordenada, recordó a doña Fernanda empacando con delicadeza unos huevos en una bolsa de papel y diciéndole: “La situación está muy jodida, doña Rafaela, muy jodida, perdone usted la expresión”. También recordó a Sergio leyendo la edición del jueves 8 de abril de *El Espectador* durante la cena, llevándose la cuchara hasta la boca y moviendo la cabeza de izquierda a derecha con una expresión de incredulidad. De manera fugaz e inexplicable, sintió una ruptura entre su ser y su imaginación, entre la realidad y el ensueño; ahora se hallaba de pie, a un costado de la cama y pudo distinguir su cuerpo dormido y arremolinado entre las cobijas. “Como un ángel del Señor que todo lo vigila desde el silencio”, pensó. Desde su extraña y nueva ubicación, midió su respiración pausada y escuchó, con una sonrisa cómplice, los suaves ronquidos de Sergio, se detuvo en sus cabellos desordenados en la almohada y en los primeros destellos de una barba mañanera que él odiaba afeitar. Vio, con ternura, cómo su brazo se acercaba al cuerpo de su marido y lo abrazaba; a pesar de la distancia, creyó sentir una sensación de tibieza que Sergio emanaba. Cuando cayó en la cuenta de que las imágenes del sueño estaban alejadas de su cuerpo no se alteró. “Debe ser el láudano”, se dijo. Quiso salir de la habitación, pero una sensación en el estómago se lo impidió, decidió tomar una silla y sentarse cerca de la cama para observarse dormir con su esposo. Volvió a caer, lentamente, en un prado oscuro y suave. Soñó el sueño de Sergio:

ella junto a él en la avenida Jiménez y, con lentitud de pesadilla, pudo observar la algarabía de las gentes a su alrededor. “Sergio, algo está pasando”, le dijo, y ambos coincidieron en un taxi que venía por la acera atropellando lo que encontraba, pero fue tarde cuando quisieron reaccionar porque el automóvil ya estaba sobre ellos. Sergio se despertó de manera abrupta, emitió un leve gemido, y Rafaela volvió a su primer sueño; se levantó de la silla, quiso abrazarlo y decirle que todo era imaginación, pero recordó que ella también estaba soñando fragmentos de un sueño ajeno y roto. Aún perturbada y confusa volvió a la silla, decidió no soñar más pero no lo logró, se sintió atada, tampoco pudo hablar. “La situación está muy jodida, doña Rafaela, muy jodida, perdone usted la expresión”, volvió a escuchar a doña Fernanda y recordó que estaba soñando o soñó que estaba sentada en medio de su habitación, viéndose dormir junto a su marido. Intentó despertarse, le ordenó a su cuerpo que se moviera y para su estupefacción, observó cómo sus piernas y sus brazos se sacudieron en la cama. Abatida y consternada se rindió, nuevamente, en los brazos del augusto Morfeo. Volvió a soñar, aunque esta vez encontró a Sergio sentado en la cama, como solía hacerlo antes de tomar una ducha. “Sergio, Sergio”, le llamó desde la silla, pero su marido no la escuchó; por el contrario, miró el cuerpo de su mujer sobre la cama y con ternura deslizó su mano derecha sobre los cabellos de Rafaela. Ella sintió los vellos de los dedos y volvió a gritar: “Sergio, Sergio”. No pasó nada. Su marido se levantó de la cama y se fue desnudando con pereza, caminó hacia el baño y cerró la puerta. Rafaela, desesperada, miraba cómo Sergio buscaba unos calzoncillos en el armario y cómo se fue vistiendo con serenidad. Dentro del sueño, la mujer se reprochó, juzgó que su carácter autoritario y radical había convertido a un anarquista en un manso trabajador, a un lector voraz en un buen oidor de los pasajes de la Biblia, a un soñador en un burócrata juicioso y cumplidor. “Es mejor así”, se consoló. Sergio pasó por su lado,





no la miró, no la sintió. Rafaela, sin levantarse de la silla, alcanzó a percibir el olor a colonia y a jabón que dejó su marido en la alcoba. Escuchó cómo Sergio cerraba la puerta. Por fin pudo levantarse de la maldita silla y correr hacía las escaleras. “Sergio, Sergio”, gritó. Se devolvió corriendo a la habitación para buscar un abrigo negro y recordó que estaba soñando y se dijo: “Es mejor estar bien presentada hasta en los sueños”. En volandas bajó la escalera y tomó la primera calle de la derecha, en dirección al trabajo de Sergio. Lo alcanzó a ver caminando entre un grupo de personas que alcanzaban la calle Real, volvió a gritar: “Sergio, Sergio”; él no la escuchó, pero otros transeúntes se volvieron a mirarla y la observaron mientras pasaba descalza, en pijama y cubierta por un abrigo. Rafaela sintió las miradas penetrantes de los demás y se dijo: “Qué más da, es un sueño”. Después, gracias a la arbitrariedad gris de los sueños, Rafaela se encontró desubicada y absorta, en la oficina de Sergio, lo reconoció en su escritorio y rodeado de otros burócratas con camisas de mangas cortas y corbatas raídas. Intentó avanzar hacia Sergio, pero escuchó el reloj de la oficina y observó que marcaba la una y cuarto de la tarde; continuó por el pasillo de la oficina y de repente, desde la radio de un oficinista, se informó: “Estimados radioescuchas, lamentamos informarles que el doctor

Jorge Eliécer Gaitán ha sido asesinado hace pocos minutos en la capital de la República...”. De golpe, Rafaela se halló en medio de un remolino de oficinistas que gritaban impactados: “Súbale Pérez, que no escucho”, “¿Qué pasó?”, “Fue Ospina”, “Fue Laureano”, “Súbale Pérez, que no escucho”, “A las calles, a las calles”. Confundida y perturbada, Rafaela intentó despertarse, pero no lo logró. Volvió a su sueño y apareció en unas escaleras persiguiendo a Sergio que se vestía la chaqueta mientras bajaba los escalones gritando a los trabajadores de los pisos inferiores: “Mataron a Gaitán, desgraciados, mataron a Gaitán”. “Sergio, no, no”, gritaba Rafaela quien también bajaba, empujada y a la fuerza. Se encontró en la calle Real junto a miles de personas que corrían despavoridas hacia el centro de la ciudad. Decidió buscar a Sergio en medio de una multitud humeante y loca; no lo logró. “Dios mío, San Antonio de Padua, quiero despertar ya”, gritó con lágrimas en los ojos. Una neblina espesa le cubrió la vista, palpó la soledad de su sueño, su voluntad impotente. “La situación está muy jodida, doña Rafaela, muy jodida, perdone usted la expresión”, escuchó, nuevamente, a doña Fernanda. Divisó a Sergio en un callejón del centro de Bogotá, ya no vestía ni la chaqueta ni la corbata, tenía la cara sucia y manchas de sudor en las axilas, estaba agachado

con otros hombres. “Sergio, Sergio, mi amor, ¿qué haces?”, le gritó mientras caminaba hacia él. Por fin, dentro del sueño, Sergio levantó los ojos y a través de las hendiduras que dejaban las demás personas, la miró. Le regaló una mirada tierna, como la de un niño que sorprenden jugando con barro, y volvió a agacharse. Rafaela intentó mover a los acompañantes de Sergio a empujones y, a pesar de su educación católica, con insultos e improperios. No pudo, eran como fantasmas pesados y ridículos, olían mal, y tenían un tufillo a chicha y a tabaco rancio. Rafaela sintió los pies tibios y para su horror, los encontró en un charco de sangre espesa y negra. Gritó, insultó y solo logró ver a Sergio arrodillado con un fusil en las manos. “Sergio, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco? Estás con la chusma”. Le oyó decir: “Escucha bien compadre, metes el cartucho en este huequito ¿vale?”. “¿Compadre?, Sergio, ¿por qué hablas así?”, preguntó, en vano, Rafaela. Un hombre alto y moreno le prestaba mucha atención a Sergio, que decía: “Luego, halas esta palanca hacia atrás y listo, el dedo en el gatillo, ¿vale?”. El hombre alto asintió y le dio un golpecito a Sergio en la espalda. “Sergio, Dios mío, ¿qué estás haciendo? ¿Quién es este tipo?”, dijo Rafaela. Sergio volvió la mirada hacia el extraño y le preguntó: “¿Cómo te llamas?”, “Fidel”, respondió el hombre, “¿Y de dónde eres?”, “Cuba, compadre”, replicó el tipo. “Tranquila, Rafaela, es un sueño, es el efecto del maldito láudano”, pensó. Se intentó calmar mientras trataba de ubicarse en el callejón, ahora casi desierto porque los hombres se atrincheraban en un portal de la calle Real. Rafaela, en un último y desquiciado intento, gritó a carne viva: “Sergio, ¿qué estás haciendo?”, “Te van a matar anarquista de mierda”, sentenció. Despertó, o creyó despertar, en la carrera Novena de Bogotá. Como es habitual, el cielo se rompió con una lluvia gris y temperamental. Se encontró sentada y con un seno desnudo. Ya no tenía el abrigo y el pijama estaba roto, algunas manchas de sangre aparecieron en



su piel. En medio de su sueño delirante y diáfano, sintió un dolor en la espalda. Cuando intentó protegerse de la desnudez y de la lluvia, encontró la cabeza de Sergio sobre sus piernas, el cuerpo extendido y herido en el asfalto y un revólver sostenido con firmeza en su mano izquierda. Todavía aturdida intentó levantarse, pero no lo logró. “Sergio”, llamó con delicadeza a su marido mientras palpaba su mandíbula tibia. Movi6 con lentitud y esfuerzo su cuerpo hacia un costado y sintió una humedad espesa en el regazo; sin aviso ni misericordia, una fuente de sangre brotó de la cabeza de Sergio. Rafaela, en medio del sueño atroz, recordó las últimas frases que salieron de su boca para su marido: “¿Ad6nde se fue tu amado, oh la m6s bella de las mujeres? ¿Ad6nde tu amado se volvi6, para que contigo le busquemos?”. Intent6, sin resultado, detener la hemorragia que se llevaba en borbotones rojos a su esposo. “Lo siento, mujer”, dijo una sombra que se acerc6. Rafaela observ6 al cubano que se detuvo un momento para deshilar una frase com6n, y cuando quiso responder con un insulto el extraño personaje de su extraño sueño ganaba una calle lateral, corri6 con un fusil en la mano. Rafaela, confundida, sangrante, empapada y desnuda, volvi6 la mirada al lugar donde habia muerto Sergio, pero el cad6ver de su marido ya no estaba. El llanto y la rabia se apoderaron de ella, grit6 con tanta fuerza que sintió un desgarr6 y un vació en el est6mago. Se despert6 bañada en sudor, llorando y con una sensaci6n de v6rtigo en su vientre. “Dios mío, ¿qu6 pas6?”, le cuestion6 al viento. Record6 fugazmente el sueño infame que la atorment6 y la infusi6n de láudano y menta. Reaccion6 y busc6 a tientas el cuerpo de Sergio en la cama. Las sábanas frías le indicaron que su marido no estaba y que habia salido hacia un buen tiempo. El reloj de la sala marc6 la una y cuarto de la tarde. Volvi6 a gritar desesperada y salt6 hacia el armario, encontr6 el abrigo negro del sueño, lo reconoci6, lo arroj6 al suelo y tom6 otro de color marr6n. Baj6 las escaleras y cuando abri6 la puerta, Bogotá ardía en rabia y fuego en medio de una lluvia sosa y turbia.

